

Mi experiencia con la terapia de María ha resultado impresionante.

Puede ser cierto, tal y como tanto ella como “los sabios” dicen, que todo llega en el momento oportuno, y que el mío era ése. El momento en que la encontré.

Pero sea como fuere, el caso es que no puedo sentirme mejor.

Llegué a María hecha un auténtico cisco: arrastrándome literalmente por los suelos y casi sin poder dejar de llorar. No podía con mi vida, todo en ella me pesaba horrores; había caído, resultado de un cúmulo de experiencias frustrantes -que no eran otra cosa que mi camino mal digerido-, en el fondo de una profunda crisis existencial. María y su terapia (a las que, por otro lado, no conocía todavía) fueron el último cartucho antes de recurrir a las socorridas “pastillitas” o a la ya tantas veces experimentada terapia convencional.

Me gusta pensar que el destino existe, y que, efectivamente, nos va trayendo a cada momento aquello que necesitamos. Aquello que estamos preparados, si lo deseamos, para asimilar.

Porque yo opté por María por pura “casualidad”, si así puede llamársela; y lo cierto es que nunca en mi vida, tras su terapia y esa bendita “casualidad”, me he sentido mejor.

Lo primero que le dije al hablar con ella fue: “No sé si seré apta para esto...”

“Tranquila”, me contestó ella con su contagiosa paz. “Tranquila”.

Conforme iba recuperando la serenidad y la paz en mi interior, le confesaba, incrédula, mis miedos: “Me pregunto cuánto me durará...”

“Tranquila”, repetía ella. “Este proceso no suele tener marcha atrás”.

Y María tenía razón.

No puedo explicar cuál ha sido el proceso; lo único que sé es que mi vida es la misma que antes, pero que yo, en ella, me siento ahora tremendamente feliz.

Soy una persona nueva. Ningún terapeuta había logrado hasta el momento nada parecido.

Sin saber cómo, he aprendido a mirarla (a la vida), de otra manera. A buscar y preservar la paz en mi interior; a disfrutar de una serenidad embriagadora; a entender la esencia de lo que nos mueve a los seres humanos, y a saborear la mía, permitiendo, así, que la puedan también saborear los demás.

Desde entonces, todo ha cambiado. Me siento tremendamente bien conmigo misma, y puedo amar: amar sin temor ni culpa todo lo bonito que hay en nuestra existencia. Los miedos, los condicionamientos, los “jueces”, las dudas... se han ido: puedo ser, enteramente, yo.

Todo ello lo logré gracias a María. Es este, el mío, como bien viene a llamarlo ella, “un estado del alma”.

María, además de ser una excelente terapeuta, desprende una paz y una serenidad contagiosas. Una energía especial.

Para quien esté en el momento de recibirla, la recomiendo incondicionalmente, y le estaré siempre agradecida por su labor.

María: gracias, de corazón, por ésa, tu valiosa labor, y por estar ahí!!!

Febrero,2012,Maite Fandos